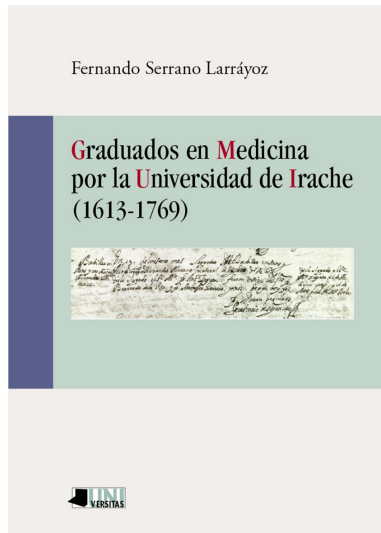


Graduados en Medicina por la Universidad de Irache (1613-1769)

FERNANDO SERRANO LARRÁYOZ

Arre, Editorial Pamiela, 2019, 379 p.

ISBN: 978-84-9172-125-3



“Trabajar con fuentes primarias no latinas no es hacer historia, es simple periodismo”. Así de rotundos se muestran algunos medievalistas que, en cierto modo, quieren dar a entender al resto de historiadores la dificultad que entraña enfrentarse a documentos manuscritos en latín que requieren, además de un profundo conocimiento de esta lengua, una buena formación paleográfica que solo puede adquirirse después de un sólido aprendizaje académico.

Ignoramos si Fernando Serrano Larráyo comparte esta opinión tan tajante pero, desde luego, a juzgar por los trabajos que ha realizado, por ejemplo, sobre referencias latinas incluidas en textos romances (según la breve nota biográfica que incluye en su libro), no tenemos la menor duda que nos encontramos con un auténtico historiador que se ha especializado sobre todo en la alimentación y en la medicina de la Baja Edad Media y

Renacimiento, aunque los documentos manejados en el trabajo que aquí nos ocupa están escritos todos en castellano.

Tal como se indica en el título, el grueso del libro viene dado por la relación de los graduados que alcanzan los títulos de bachiller, licenciado y doctor en Medicina en la Universidad de Irache entre los años 1613 y 1769. Junto al nombre del graduado se indican todos los datos que sobre el mismo hay anotados en las actas correspondientes de los libros de Grados que obran en el Archivo General de Navarra (1613-1824). Se trata por tanto de un vaciado completo de la información de cada estudiante, con indicación de los examinadores, testigos, secretarios, tasas académicas, incluso las preguntas que el alumno debió contestar en su examen en algunos pocos casos que se consignan.

Comienza el texto con un estudio introductorio de las características de esta Universidad ubicada en el monasterio benedictino de Irache. Considerada siempre como un centro académico menor, además de los grados de Medicina, se otorgaban asimismo los de Artes, Teología, Cánones y Leyes. Se trata de un centro que no imparte docencia, que carece por tanto de catedráticos, al que acuden alumnos formados en otras universidades (a veces dudosamente certificados) que, atraídos generalmente por la baratura de las tasas en

comparación con las de mayor prestigio, cuando no por las facilidades académicas, buscan alcanzar el título de médico que les permita luego ejercer esta profesión. De hecho no faltan suspensos en las calificaciones, sobre todo en los casos más llamativos de ignorancia.

No es raro, lo mismo que hemos visto que sucede en otras universidades menores como Gandía, que en un día o en dos seguidos, los alumnos puedan graduarse sucesivamente de bachiller en Artes y Medicina, además de doctor en esta última disciplina.

Ante tantas facilidades, veremos que con el tiempo arrecian las quejas de las demás universidades que imparten enseñanzas en las cátedras, sobre todo al ver que pierden la oportunidad de percibir los gajes económicos de los derechos de examen que, ciertamente, eran importantes. Además de ofrecer la penosa imagen de enviar a curar enfermos a médicos dudosamente formados. Esta será finalmente la causa principal del cierre del estudio de Irache, cuando en tiempos de Fernando VI se exija el cumplimiento escrupuloso de la normativa relativa a las universidades.

Tras la exposición del devenir de este centro, el autor repasa uno a uno los nombres de los graduados ofreciendo cuanta información encuentra de cada uno. Hay en total 1.481 entradas, todas ellas de graduaciones en Medicina a excepción de dos solitarias que lo hacen en Cirugía. Nos llama la atención este desinterés hacia esta disciplina sanitaria menor, pues en un estudio nuestro sobre graduados de Medicina y Cirugía en la Universidad de Zaragoza por los mismos años, donde también es menor la presencia de aspirantes a cirujanos en comparación con los médicos, la inmensa mayoría de los graduados en Cirugía son precisamente de origen navarro. Nos parece curiosa esta circunstancia que aquí dejamos apuntada.

Analiza el autor las fluctuaciones de las graduaciones en los 156 años objeto del estudio, que siempre se mueven en cifras discretas pero bastante constantes (5-7 por año), con un repunte entre los años 1725 a 1730 (23 y 42 respectivamente) para alcanzar el máximo de títulos otorgados en 1751 (90), tal vez como consecuencia de una mayor demanda de médicos por parte de la sociedad, para descender de nuevo las cifras de egresados a partir de 1754.

En cuanto a las procedencias de los graduados, ordenadas por los obispados de sus lugares de origen tal como se consigna en las actas, destacan lógicamente aquellos que están más próximos al monasterio, con el de Pamplona a la cabeza, seguidos por Zaragoza, Tarazona y Calahorra. Nos llama también la atención el alto número de graduados aragoneses.

Como entre la documentación que se conserva en el Archivo de Irache de cada aspirante suele aparecer la universidad donde había realizado previamente sus estudios de Medicina, comprobamos la importancia de la Facultad de Medicina de Valencia donde se formaron el 41 % de los alumnos, seguida de la de Zaragoza con el 28 %. A más distancia quedan Valladolid y Salamanca.

En conjunto estimamos que se trata de una obra muy notable que viene a demostrar el papel, discreto sí, pero importante de estas universidades menores en el concierto general de la formación de médicos en los siglos XVII y XVIII. Obra que se une al caudal de estudios

que desde hace tiempo se vienen realizando sobre la universidad española. Como única sugerencia nos permitimos objetar que, tal vez, un estudio un poco más detenido de los médicos graduados en Irache nos dé a conocer a alguno de cierta relevancia científica o social.

Y, si hemos empezado nuestra reseña con un dicho sentencioso, queremos cerrarla con un refrán que relativiza bastante bien el tipo de enseñanzas que se impartían en la legión de pequeñas universidades que florecieron en España a lo largo del periodo barroco. Dice así: “Cura por Baeza, bachiller por Cabra, abogado por Granada o maestro por Jaén, ponte a que te pille el tren”. Perfectamente podríamos añadir al comienzo “Médicos por Irache ...” antes de citar a los demás centros académicos andaluces, sin que cambie gran cosa el sentido del refrán.

José María de Jaime Lorén
jmjaime@uchceu.es

La solución del enigma botánico de las quinas ¿incompetencia o fraude?

JOAQUÍN FERNÁNDEZ

La Orotava (Santa Cruz de Tenerife). Fundación Canaria Orotava
de Historia de la Ciencia, 154 páginas
ISBN: 978-84-09-10089-7. PVP: 15 €



La dilatada y reconocida trayectoria del autor del libro en el ámbito de la Historia de las Ciencias nos anuncia un contenido de interés. Predicción que se cumple con creces en el momento de la lectura del texto, al acceder a las vicisitudes de todo tipo que estuvieron relacionadas con la resolución del enigma de las quinas. Hablamos de un libro cuyo primer gran acierto es, precisamente, la elección del tema, pues se trata de un asunto relevante desde el punto de vista de la Ciencia y en cuyo estudio se incluyen ingredientes muy diversos que contextualizan y enriquecen el análisis de la cuestión.

El punto de partida es la llegada a Europa en el siglo XVII del polvo que procedía de machacar la corteza del árbol de la quina, un vegetal que crecía en las colonias españolas en América, concretamente en los bosques nublados andinos de Nueva Granada.

Esa sustancia aliviaba los síntomas causados por una enfermedad caracterizada por las llamadas “fiebres malignas”, “fiebres intermitentes”, “tercianas” o “fiebres cuartanas”. Dolencia que hoy persiste con el nombre de malaria o paludismo y que afecta a cientos de millones de